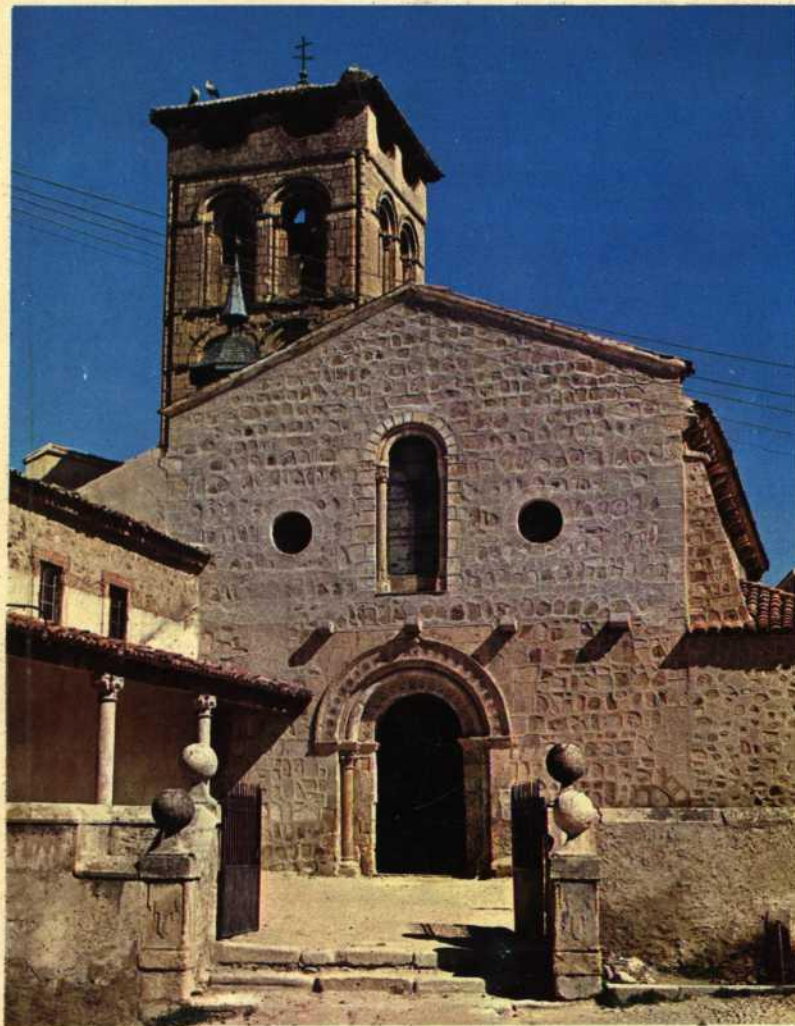


MARQUES DE LOZOYA

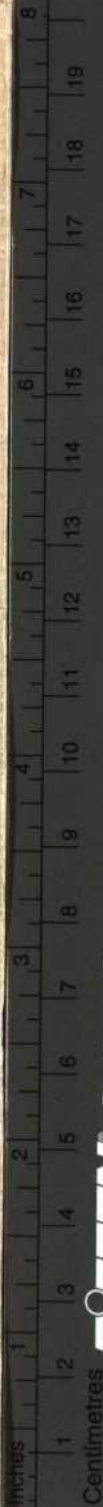


LAS PINTURAS ROMANICAS

EN LA

IGLESIA DE SAN JUSTO

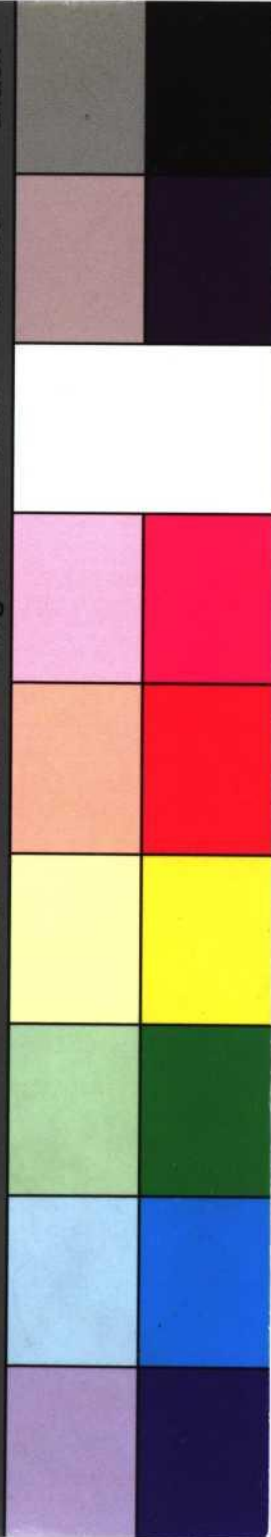
DE SEGOVIA

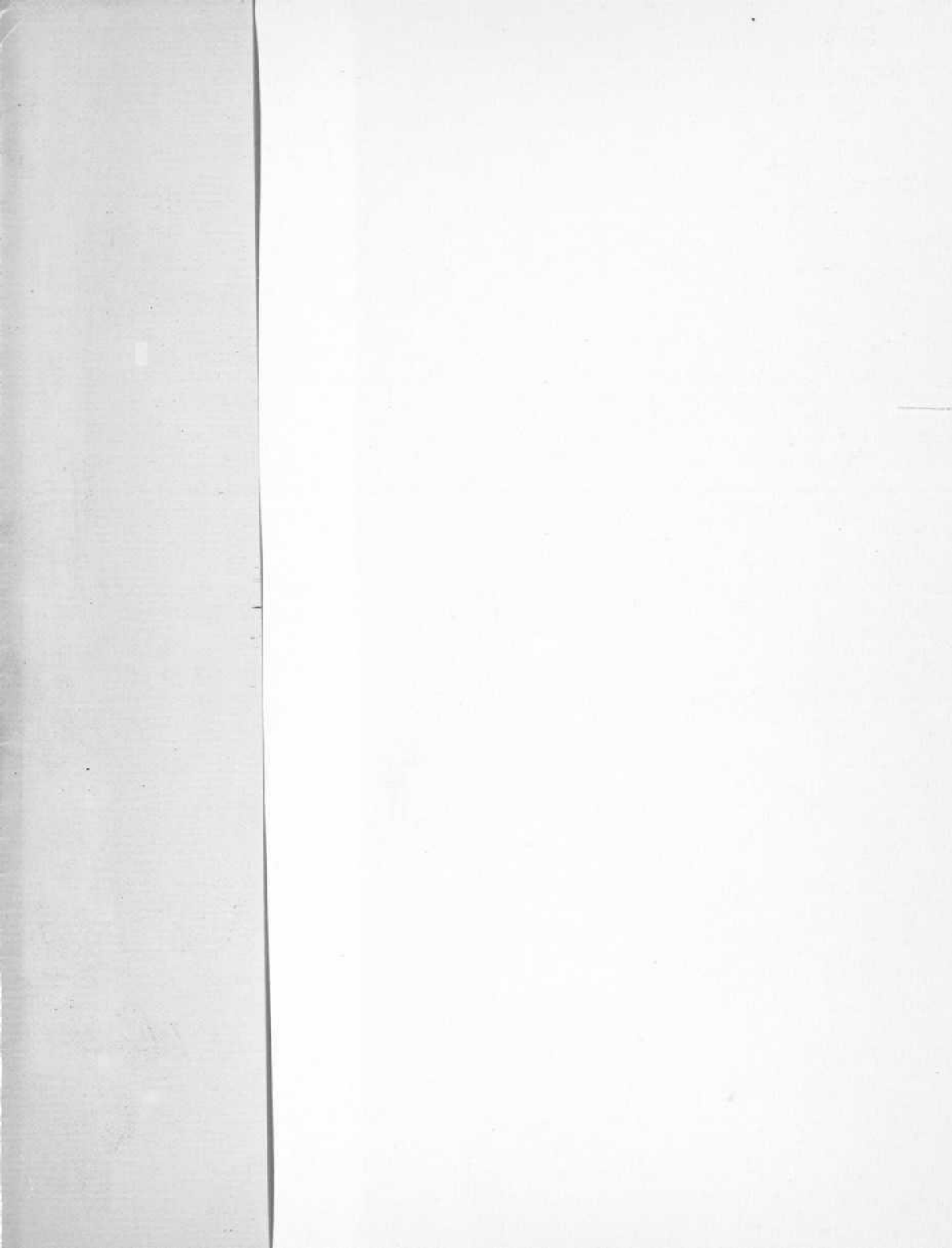


TIFFEN Color Control Patches

© The Tiffen Company, 2007

Blue Cyan Green Yellow Red Magenta White 3/Color Black





DGCL

A

MARQUES DE LOZOYA

LAS PINTURAS ROMANICAS
EN LA
IGLESIA DE SAN JUSTO

PUBLICACIONES DE LA
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD
DE SEGOVIA

MAYO
1966

+139652
c.1193067



Blass, S. A. Tip.—Madrid.

Depósito legal: M. 4 657.—1966.

R.120456

La Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia agradece al Marqués de Lozoya no solo el magnífico estudio que a continuación vais a leer, sino también su dirección constante, su vigilancia y cuidado en la restauración de la iglesia de San Justo, donde, aun con riesgo personal, subido en escaleras muy provisionales y en andamios colocados a gran altura, siempre fueron sus certeras indicaciones las que permitieron descubrir las riquezas insospechadas que hoy están a la vista de todos.

Su ilimitado cariño a Segovia ha hecho que en esta empresa de restauración de San Justo, como en tantas otras de conservación del acervo artístico de su ciudad, le deba esta tanto, que solo el afecto de los segovianos puede compensar la deuda de gratitud con él contraída.

Los Santos Justo y Pastor, y San Alonso Rodríguez sean valedores ante Cristo Redentor, hoy venerado en la imagen de «Los Gascones», de San Justo, de sus méritos y desvelos en el mañana glorioso que todos esperamos.

Segovia, marzo de 1966.

Es una singularidad de la ciudad de Segovia la importancia que, desde la repoblación, en las postrimerías del siglo XI, alcanzaron los arrabales. Reiteradamente se viene citando un texto del geógrafo musulmán Al-Idrisi, el cual, en su *Nuzhat al Muxtaq*, del siglo XII, define a Segovia como un conjunto de aldeas que servían con su caballería al señor de Toledo. A poco de la reconquista, que los anales toledanos fijan en 1088, se ciñó el peñón sobre el cual se asentaba la citania celta y la ciudad romana y visigoda, por un amplísimo cerco de murallas capaz de contener, en caso de peligro, aun los vecinos y rebaños de los pueblos de la Comunidad; pero lo cierto es que el recinto murado se va poblando muy lentamente y todavía en el siglo XIII San Fernando ha de conminar a los segovianos para que acudan a edificar en la parte alta. Dentro del ancho espacio comprendido entre las murallas habría *islas* pobladas en torno de una parroquia (San Martín, San Juan, San Miguel, San Andrés), pero quedaba mucho terreno intramuros dedicado a huertos y a pastizales. Segovia fue algunos años todavía ciudad fronteriza, sujeta a incursiones de moros; pero esto no impedía a los vecinos el preferir los arrabales donde, en las riberas del Eresma y del Clamores podían establecer sus prematuras industrias, derivadas de la lana. De aquí la fundación de los caballeros «Quiñones», cien lanzas a caballo repartidos en cuatro escuadras que defendían los arrabales contra algaradas de moros los días de fiesta, cuando los vecinos se congregaban en las parroquias para la misa mayor.

Esta circunstancia motiva el que fuera del recinto murado se pudiesen contar más iglesias románicas que dentro de las murallas, alguna tan importante como San Millán. Entre

estas iglesias extramuros destacan las dos que coronan un alcor, hacia el S.E., denominado «El Cerrillo»: San Justo y el Salvador. Contempladas a través de los arcos del Acueducto desde el postigo «del Consuelo», abierto en la muralla, estos dos templos, muy próximos, constituían uno de los más famosos paisajes urbanos de España, desdichadamente hoy alterado por intempestivas edificaciones. Las feligresías entreveradas de una y otra se convirtieron, en los siglos XVI y XVII, en morada de los más ricos fabricantes de paños cuya generosidad, especialmente en las fiestas «de Catorcena», modificó las estructuras primitivas con suntuosos añadidos.

De la iglesia de San Justo apenas quedaban de manifiesto, hasta hace muy pocos años, el ábside, de mampostería morisca, sin adorno alguno en cornisa y tragaluz y, sobre todo, la torre, después de la de San Esteban, la más bella entre las del románico segoviano. Consta de tres cuerpos, macizo el inferior, adornado el segundo por dobles arquerías ciegas en cada frente y el tercero por una decoración semejante que cobija aquí los ventanales abiertos para el juego de campanas. Un murete más moderno, perforado por chatas ventanas sostiene el sencillo tejado a cuatro aguas. Hace algún tiempo se limpió de revocos la portada del hastial de Poniente, sencilla y armoniosa como suelen ser las del románico segoviano.

El interior no ofrecía al visitante nada de interés, no siendo la suntuosa capilla barroca adosada al norte del viejo edificio por la munificencia del fabricante de paños Juan Belez de Arcaya en 1658 y decorada con buenas pinturas por el *fa-presto* madrileño Francisco Camilo, que tantas huellas de su arte dejó en la ciudad. Causaba la iglesia de San Justo al viajero la decepción que es frecuente en los templos segovianos, al comparar la belleza de ábsides, torres y pórticos con las naves cubiertas de encalados y yeserías. Una bóveda de escasa altura cubría la única nave y al fondo del ábside relumbraban los oros de un tosco retablo de columnas torsas y ampuloso adorno. Por la extrema proximidad de la parroquia del Salvador, la de San Justo llevaba muchos años de un abandono que motivaba su progresiva ruina.

Sin embargo, dos circunstancias hacían este vetusto y ruinoso templo lugar insigne de la devoción segoviana. Una de ellas es la presencia de una imagen de Cristo, tallada en madera, de arte románico de mediados del siglo XII, con los brazos articulados para celebrar con ella la ceremonia del Descendimiento en Semana Santa, aun cuando estuviese siempre ahora en posición yacente. La tradición supone que esta bella escultura fue traída a Segovia por viajeros gascones a lomos de una yegua que cayó muerta ante la puerta de la iglesia. Todavía en mi niñez, vi desfilar el Viernes Santo por las calles segovianas al Cristo yacente, que se vislumbraba a través de los cristales de su profusa urna dorada, escoltado por seis «gascones» cubiertos con armaduras cinceladas del XVI, que hacia el 1900 emigraron en virtud de su enajenación. Es el otro recuerdo que atraía hacia San Justo la devoción de la ciudad el hecho de haber recibido las aguas del bautismo en su pila bautismal en el mes de julio de 1530 San Alonso Rodríguez, el mercader de paños, que, habiendo pasado por el trance de ver morir a su esposa y a sus hijos, alcanzó, como coadjutor de la Compañía de Jesús, las cumbres de la santidad.

No impidieron estos prestigios el que la iglesia se convirtiese en un almacén de trastos viejos, entre restos de retablos y cascos de los techos medio hundidos. Fue fortuna el que la gran bóveda de yeso se derrumbase totalmente, hace pocos años. Entonces el Consejo de la Caja de Ahorros y monte de Piedad de Segovia (por iniciativa de su Director, D. Fernando Albertos), que en otras ocasiones había acudido a la restauración de la riqueza monumental de Segovia, juzgó con gran acierto que no era posible consentir en la pérdida definitiva de una fábrica a la cual se dirigió durante tantos siglos la devoción ciudadana. Las obras constituyeron, desde sus comienzos, una serie inagotable de sorpresas a medida que iban desapareciendo los revoques acumulados. El templo es de construcción pobre, realizada probablemente por obreros de la cercana morería; de mampostería muy irregular encintada con cal. Esto es frecuente en el exterior de muchos edificios segovianos de los siglos XII y XIII (Alcázar, torre de Hércules, casa del Mayorazgo de Cáceres, San Andrés), pero excep-

cional en interiores. En los muros se han abierto arcos y ventanas sin sujeción a plan alguno y sin guardar simetría entre sí y por la parte superior interna corre un friso de ladrillos esquinados. El arco triunfal que abre paso a la capilla mayor es de ladrillos, con ancha llaga entre unos y otros, muy análogo al de San Pedro de los Picos. Con esta rudeza popular contrasta el primor del arco que da entrada a una capilla en el hueco de la torre, cubierta con bóveda de crucería muy primitiva. Esta portadita fue la primera de las gratas sorpresas. Una sola archivolta, finamente esculpida con entrelazos, perfilada por un bocel ajedrezado y cobijando el tímpano que se apoya sobre ménsulas. La presencia del tímpano es, en Segovia, muy poco frecuente. En el de San Justo se representa la escena del descubrimiento de las reliquias de los dos niños mártires de Alcalá, ante una reina asistida por dos personajes y un obispo sedente, todo ello en perfecto estado de conservación —con restos de policromía— de fina y bella labra.

Comenzaron a aparecer pinturas al caer los revocos del muro en que se abre el arco triunfal. A lado de la Epístola, vestigios de una composición de ángeles; en el del Evangelio, una Santa Cena, todo ello de arte proto-gótico francés, análogo a lo navarro. El descubrimiento nos hizo pensar que posiblemente habría también pinturas en el ábside y en la capilla mayor. Se nos ofrecía un problema grave, pues era preciso desmontar la máquina barroca del retablo, sin seguridad ninguna de algún hallazgo que compensase el riesgo, pero al cabo nos decidimos a correr la aventura. El resultado nos dejó deslumbrados. No nos habíamos atrevido a soñar nada semejante. Todo el cascarón del ábside, la bóveda del presbiterio, el intradós de los arcos y aun el interior del tragaluz de la capilla mayor, en el muro de mediodía, estaban cubiertos de composiciones al fresco, relativamente bien conservadas. Vino a aumentar nuestro alborozo la opinión de D. José Gudiol, que acudió a Segovia al tener noticia del descubrimiento y que estimó lo descubierto como uno de los conjuntos más importantes de pintura románica en España, capaz de compararse con Tahull, Maderuelo, San Baudilio de Berlanga y San Isidoro de León. El equipo de hábiles restauradores de los Gudiol realizó una labor

perfecta que nos permite un estudio detenido de la complicadísima decoración pictórica.

Intentaremos describir los asuntos de que consta. En el fondo del ábside, el *Pantocrator*, con los atributos habituales, dentro de una mandorla formada por los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, en disposición de la cual no conozco precedentes ni pictóricos ni escultóricos. Los venerables personajes van tocados con mitras; son doce a cada lado, y distribuidos en parejas. Algunos tañen instrumentos músicos y otros ofrecen vasijas en forma de cuenco o de botella. Como es habitual, las figuras del *tetramorfos* cubren los espacios que deja la mandorla. El arco, va decorado con el adorno de cintas dobladas que aparece en Tahull y en Maderuelo, más complicado en San Justo. Este arco simula apoyarse en jambas decoradas con figuras verticales.

La bóveda de la capilla mayor es la parte peor conservada y en la que es más difícil determinar los asuntos. En el centro, en un espacio circular, se contiene la figura apocalíptica del Cordero, muy semejante a la que centra el ábside de la iglesia de Maderuelo. Parece que el espacio restante estaba repartido en cuatro sectores en los cuales se desarrollan episodios del Evangelio, en número no fácil de determinar. En el que aparece en mejor estado se puede distinguir a Cristo, con un libro entre las manos, al cual se dirige, en actitud expectante, una figura juvenil. Se trata, posiblemente, de la escena del joven rico que pregunta al Señor por el camino de la salvación. Dentro de este mismo ciclo pictórico, que es, a mi parecer, lo más antiguo de la decoración, está la serie importantísima que decora el intradós del arco triunfal: dos figuras desnudas, de las cuales una parece atacar y otra retroceder (¿Caín y Abel?) en la parte inferior del lado del Evangelio y, en correspondencia, al otro lado, la tentación de Adán y Eva; una fiera atacada por un lebel, peces, aves que se enfrentan o que entrelazan los cuellos, como en las arquetas musulmanas de marfil, y hasta un elefante con su torre, como en San Baudilio (se conserva solamente la parte correspondiente al lomo y a la torre y algunas letras de la palabra *Elefante*). Como en el gallo

de San Isidoro de León, el pintor no estaba muy seguro de que la especie zoológica pudiese ser identificada.

El otro ciclo pictórico se desarrolla en el muro de planta semi-circular del ábside, a uno y otro lado del sencillo tragaluz, y en las paredes laterales de la capilla mayor. En el ábside, al lado del Evangelio, el Calvario con Cristo en la cruz, la Virgen a su lado y diversos personajes en torno; en el de la Epístola el Descendimiento, con la Virgen que sostiene el brazo derecho del Señor, ya desclavado, en tanto uno de los santos varones arranca el clavo de la mano izquierda con unas enormes tenazas. Detalle singular es un rótulo en que el pintor confiesa su impotencia para continuar su tarea: *non poteo facere pinturas*. En efecto, la composición, al lado derecho de la cruz, parece que no fue nunca terminada. Del nombre del artista que por falta de aliento o por falta de medios no pudo dar remate a su empresa conocemos solamente algunas letras de una firma, destrozada por uno de los mechinales que se hicieron al instalar el retablo barroco: ...DA PINTOR PE...

En los muros laterales del presbiterio solo se conservan en buen estado sendas composiciones en la parte superior a un lado y otro, en espacios rectangulares apaisados, delimitados por cenefas decorativas (series de círculos tangentes o de rosetas cuadrifoliadas; tallos ondulados, con flores de tres pétalos). En el muro de la Epístola se desarrolla, con gran número de personajes el drama del Huerto de los Olivos, en dos escenas, sin solución de continuidad: el beso de Judas y el prendimiento de Cristo. En la primera hay un detalle curioso: San Pedro está en actitud de cortar la oreja a Malco, el cual, espantado, se escapa del espacio rectangular en que tiene lugar la acción e invade la cenefa inferior. Al lado del Evangelio, la Santa Cena ante una mesa muy alargada, guarnecida de curiosa vajilla. En el espacio situado bajo la representación del prendimiento, la casi desaparecida decoración pictórica está interrumpida por un tragaluz en arco abocinado, en cuyo intradós se han pintado soldados con capacetes cónicos, armados con espadas y defendidos por escudos amigdaloides, que sin duda acuden a reforzar el tropel de los aprehensores de Jesús.

Con estos elementos no creo difícil reconstruir la historia artística de la iglesia de San Justo. En la *Historia de San Frutos*, del Licenciado Calvete (1), el cual afirma tomar sus noticias de personas que lo oyeron decir a sus antepasados, se dice que la iglesia fue, en tiempos, una pequeña ermita. Debió de ser, según demuestra su fábrica, de lo más antiguo construido en la ciudad después de su repoblación. Era, sin duda, obra de moros de la cercana morería, y acaso moros también fueron los pintores que decoraron lo que yo creo más antiguo de la ornamentación pictórica (2): la cubierta en forma de cuarto de esfera del ábside, la bóveda del presbiterio y el intradós del arco triunfal. Es un arte rudo y expresivo, de carácter popular y de notoria influencia oriental, recibida a través de biblias y *beatos* mozárabes. El *Pantocrator*, con sus enormes ojos y su negra pelambreira, es impresionante, como también las fisonomías arcaicas de los ancianos. En los desnudos de Caín y Abel y de la tentación de Adán y Eva, el pintor es más rudo que el de Maderuelo y su anatomía es aún más infantil. Sin duda, copia sus elementos decorativos en el extradós del arco del ábside y en el intradós del arco triunfal, de los *beatos* o de los dibujos marginales de las biblias mozárabes. Yo le llamaría «el maestro de los ojos grandes» por la desmesura excepcional de las pupilas de sus personajes.

Pero, años más adelante, acaso en la segunda mitad del siglo XII, ocurre un suceso que había de dar un gran relieve a la humilde ermita morisca. Cuenta la crónica de Calvete que una compañía de gascones y alemanes llegó a la ciudad llevando, en una caja, sobre una yegua ciega, una imagen de Cristo: la escultura románica, articulada, que aún permanece en el templo (3).

(1) Lorenzo Calvete: *Historia de la vida del glorioso San Frutos, Patrón de la ciudad de Segovia*, Valladolid, 1610.

(2) Los habitantes de las morerías castellanas se dedicaban con frecuencia a la pintura, a pesar de las prohibiciones de la *Suna*. Los documentos nos dan los nombres de moriscos pintores y de esta condición serían los que decoraron con escenas y lazos entre los cuales aparecen inscripciones islámicas, en la torre de Hércules, en Segovia.

(3) Hay una relación detallada del suceso en la obra citada de Lorenzo Calvete. La transcribe Juan de Vera en *Piedras de Segovia*, Segovia, 1950, pág. 625.



Fueron, sin duda, de los repobladores que acudieron del Norte atraídos por la creciente prosperidad de Segovia. Todavía en la ciudad, cerca de San Justo, hay una calle «de Gascos», que fue poblada por estos inmigrantes. Despertó la imagen una fervorosa y constante devoción entre los segovianos y esta devoción motivó que la pobre fábrica se enriqueciese con elementos del mejor románico: la torre, en cuyo cuerpo inferior se dispuso la capilla para la veneración del Cristo; la preciosa portada de acceso a esta capilla; las pinturas de la parte inferior del ábside y de los muros laterales del presbiterio.

Es posiblemente entonces cuando se llamó al pintor de cuyo nombre no conocemos sino la última sílaba, para que decorase los muros del ábside y del presbiterio. Es un artista del románico europeo, sin recuerdos de Oriente; en relación, no con lo castellano de San Baudilio y de Maderuelo, sino con lo leonés de San Isidoro. Entre el «Maestro de San Isidoro» y el «Maestro de San Justo» encuentro una evidente relación en la facundia narrativa, en la manera de modelar cuerpos y ropajes, en la actitud de las figuras (compárese, por ejemplo, el sayón que está dispuesto a matar a uno de los inocentes con el San Pedro cortando la oreja a Malco), en la longitud extremada de las manos. Hay ciertas semejanzas anecdóticas: la cruz, ligeramente ensanchada hacia los extremos; la tonsura clerical de los apóstoles; la forma de representar el sol y la luna; los cuadrifolios ornamentales y los tallos ondulantes con flores de tres pétalos. En todo caso, lo segoviano no alcanza la calidad de lo leonés. Se trataría de un discípulo que acudiese a Segovia, cuya ciudad siempre estuvo en relación con León por el trasiego de los rebaños trashumantes.

Los temas de esta segunda fase corroboran el que la decoración de los muros de ábside y presbiterio se hiciese con motivo de la llegada a la iglesia del «Cristo de los gascones». Son asuntos relacionados todos con la Pasión del Señor: la última cena, el beso de Judas y el prendimiento; el Calvario, el descendimiento. La decoración pictórica era como un escenario donde se representaría en Semana Santa, por los clérigos de la iglesia, la ceremonia del descendimiento de la imagen, cuyos brazos articulados se pres-

taban a la evocación de la dolorosa escena (1). Otro Cristo articulado, sin duda con la misma finalidad, es el que actualmente se venera en el templo segoviano de la Vera Cruz. En el Cristo «de Santiago» en la parroquia segoviana de San Esteban, y en el famoso Cristo de la Vega en Toledo, las cosas se hacían de diversa manera. En ambos casos, los brazos de la imagen son rígidos, pero el derecho pende, desclavado, dando origen en ambas ciudades a idéntica leyenda.

Es seguro que en Segovia habría en las iglesias románicas una riqueza pictórica comparable a la copiosa imagería de capiteles, portadas y cornisas, pero ha sido casi totalmente picada y encalada y era muy poco lo que hasta ahora permanecía; algunos vestigios en San Martín, en San Juan de los Caballeros, en San Millán en San Vicente el Real. Gracias al generoso impulso de la Caja de Ahorros de Segovia conservamos en San Justo uno de los más completos ciclos que se pueden contemplar en España: lo más antiguo, con reminiscencias mozárabes, en el cascarón del ábside, en la bóveda de la capilla y en los arcos del presbiterio y del ábside; de la plenitud del románico, a mediados del XII, en los muros; del proto-gótico del XIII en la pared de Oriente, flanqueando el arco triunfal. Esta continuidad explica el que se pudiese formar en los talleres segovianos el Antón Sánchez de Segovia que firma en la era de MCCC (años de 1262) la importante decoración pictórica de la capilla de San Martín, en la Catedral Vieja de Salamanca.

Los trabajos subvencionados por la Caja de Ahorros han enriquecido la parroquia segoviana con otros elementos importantes: una gran portada, en forma de arco apuntados, en el severo estilo del Císter; otra portada románica, del tipo corriente en Segovia, en la pared de Mediodía, que daba a un pórtico destruido en el siglo XVII. La fachada de Poniente ha recobrado su sencilla belleza cambiando de lugar el cobertizo sobre columnas renacentistas cuya inoportunidad ya hizo notar Quadrado y restaurando portada y ventanal. Sería de desear que no se alterase el viejo caserío que rodea al templo y que integra uno de los pocos rincones intac-

(1) Hasta 1936 todavía en Valencia se representaba, en algunas iglesias, la ceremonia del Descendimiento, a la manera medieval.

tos que quedan en la Segovia arrabalera, que hasta hace pocos años competía en interés con la ciudad murada.

El último de los descubrimientos en la afortunada campaña restauradora fue, en el presbiterio, el sepulcro de un personaje importante. Abundan en la iglesia y en la capilla barroca adosada a ella las laudas blasonadas de mercaderes de la feligresía, pero ahora la presencia de una sepultura más importante indica que la devoción al Cristo de los Gascones atraía a San Justo a la caballería ciudadana. Consiste en un arcosolio, cubierto de una bovedilla rebajada simulando crucería, que cobija la efigie orante de un caballero, vestido, peinado y tocado según la moda de la corte de los Reyes Católicos, que simula leer en el libro que tiene en las manos. El frontal está finamente labrado como un brocado gótico y sobre él se advierte la huella de un blasón que ha sido picado. En el muro del fondo, una inscripción en letra gótica nos da cuenta del nombre y condición del caballero: *Aquí está sepultado Pedro de Avela, oficial y criado de sus altezas el rrey don Fernando y la rreina doña Isabel*. El frente del arco estaba adornado de una decoración en relieve del gótico florido que fue destruida al allanar el muro, pero cuyos vestigios sirvieron para rellenar el hueco, sin duda cuando se montó el retablo barroco. No sabemos quién sería Pedro «de Avela». Quizás un miembro de la familia Arias Dávila, tan adicta a los Reyes. Un Pedro de Avila lucha, en los albores del reinado contra los nobles rebeldes. El escultor sería Sebastián de Almonacid, que tanto trabajó para este linaje.

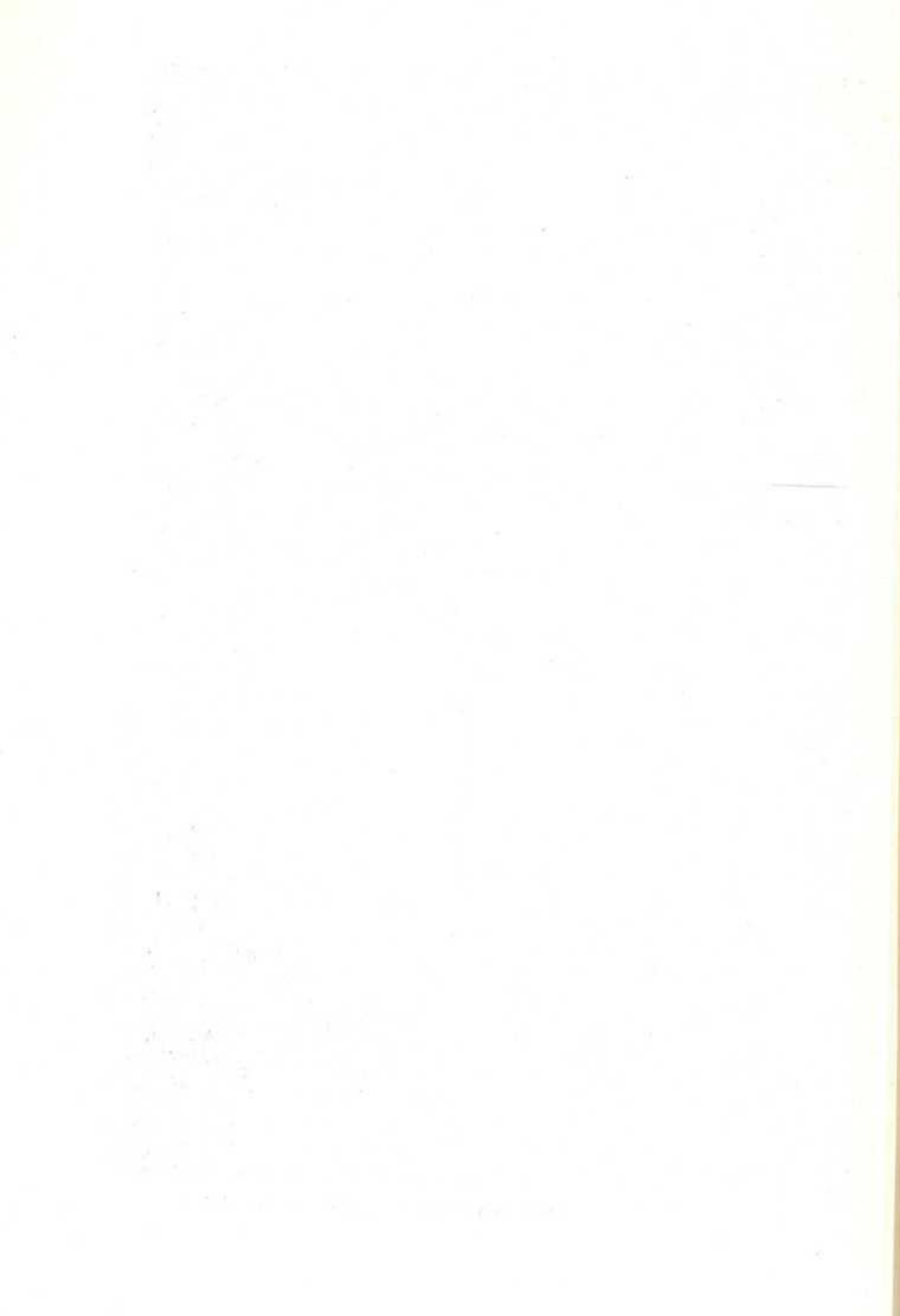
La capilla mayor de San Justo ha sido iluminada con singular acierto. La luz eléctrica, hábilmente dispuesta, permite apreciar todo el encanto de la suave policromía de las pinturas, en la cual predominan los tonos azulados y rojizos, con notas de negro intenso. Es ahora uno de los lugares de Segovia de más grata estancia. Don Fernando Albertos y el Consejo de la Caja de Ahorros no solamente han añadido a Segovia un monumento más, sino que ha entregado a la ciudad «el monumento que le hacía falta».

EL MARQUES DE LOZOYA

L A M I N A S

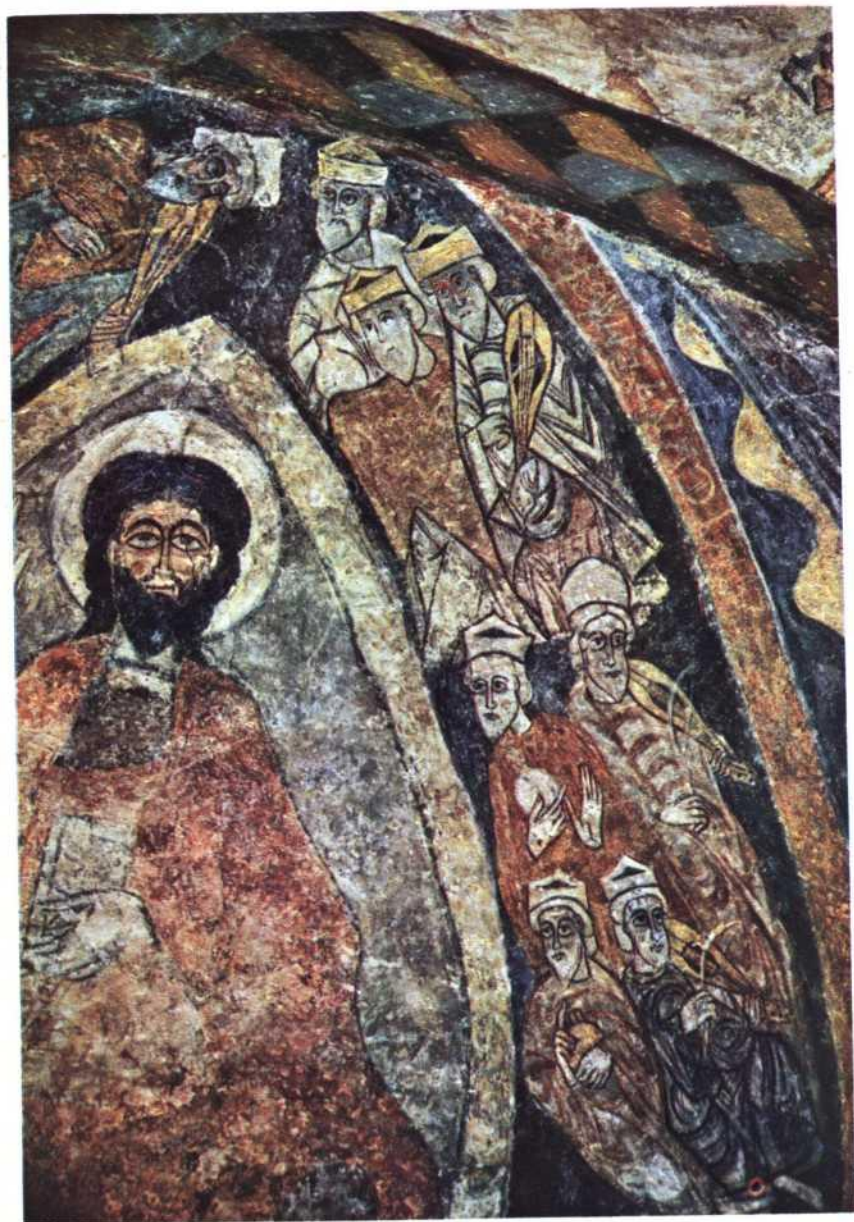


Vista de conjunto de la capilla mayor de la iglesia de San Justo.

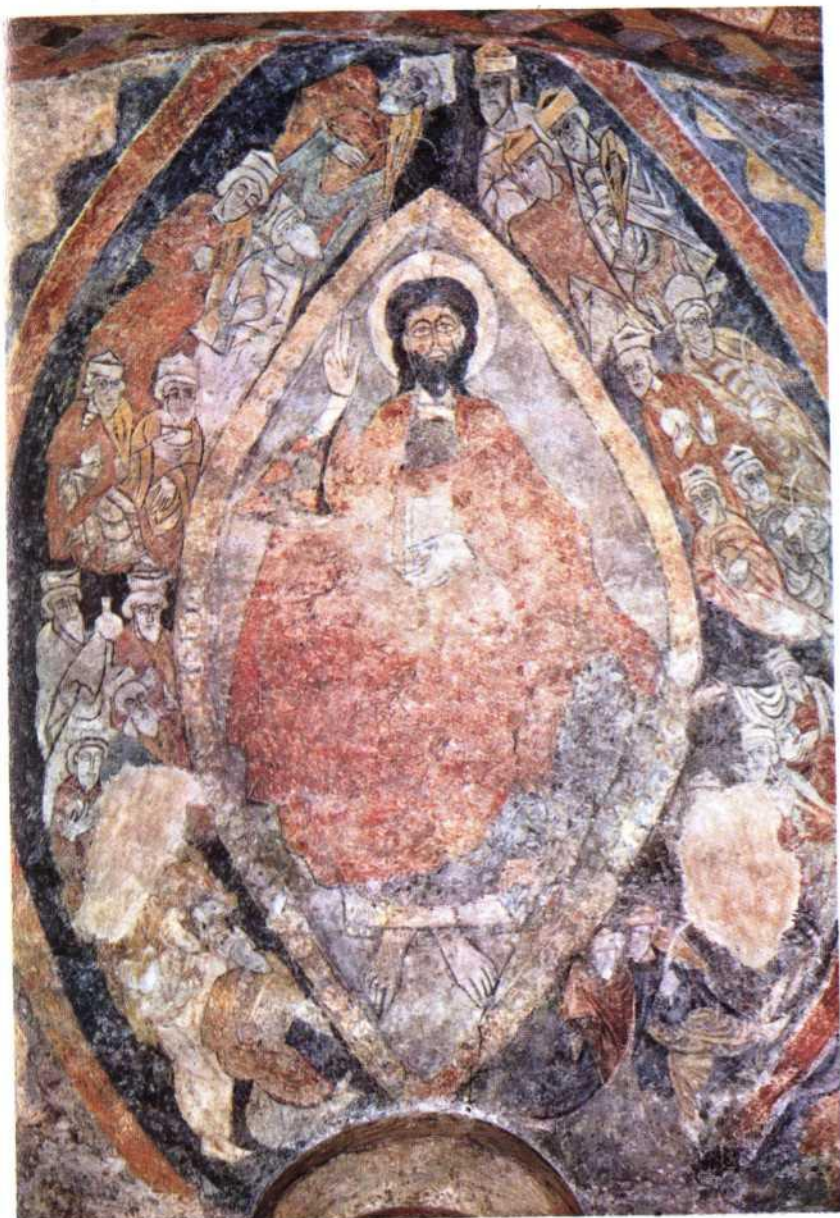




El *Pantocrator*, en el fondo del ábside.



Fragmento de la pintura del ábside, con los ancianos del Apocalipsis.



El Pantocrator, rodeado de los veinticuatro ancianos.



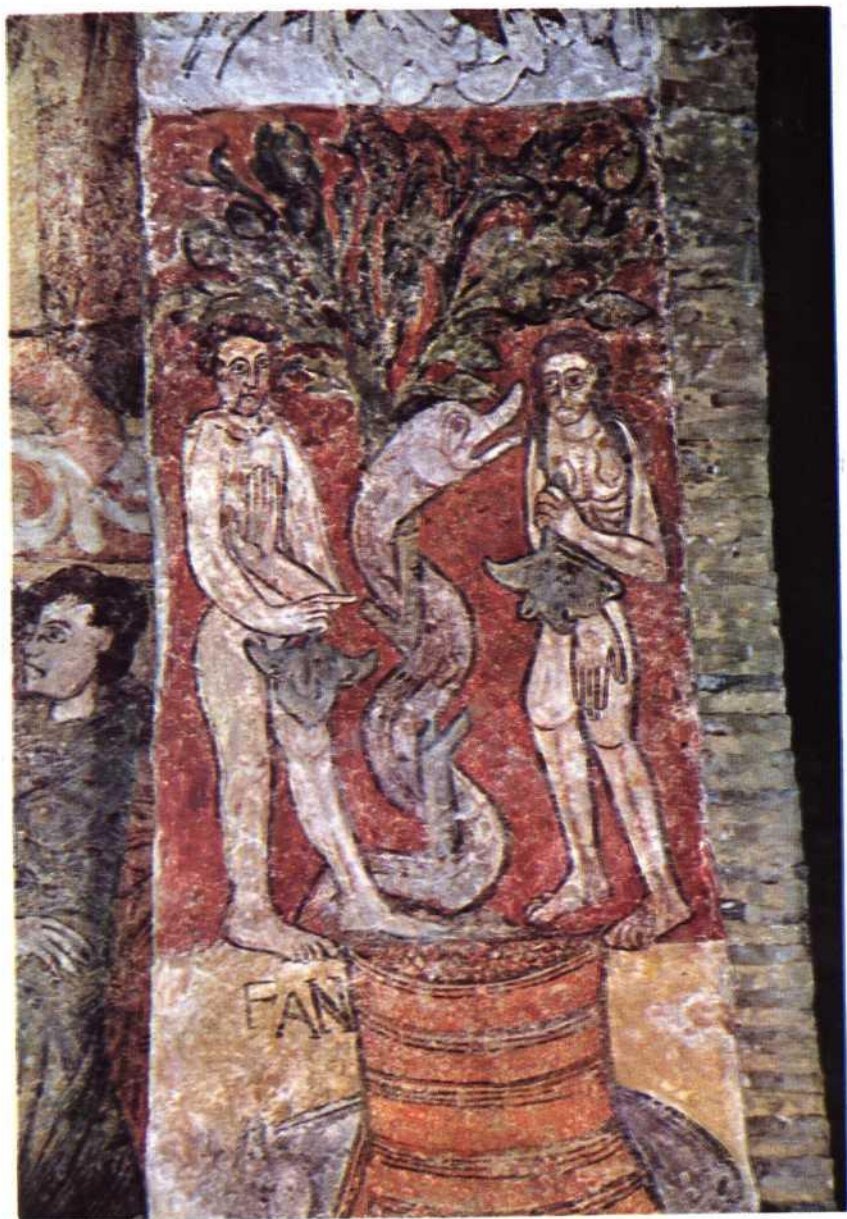
Detalle de la pintura del techo. ¿Cristo con el joven que aspira a la perfección?
¿Cristo entre los santos Justo y Pastor?



Conjunto del techo de la capilla mayor.



El Cordero del Apocalipsis, en el centro de la bóveda de la capilla mayor.



El Pecado Original, en el intradós del arco triunfal. Debajo de Adán y Eva se ve la torre y el lomo de un elefante.

100

100



Soldados, en el interior del tragaluz abierto en el muro de la capilla mayor.





El Descendimiento, en el muro del ábside (lado de la Epístola).



El Calvario, en el muro del ábside (lado del Evangelio).



San Pedro cortando la oreja a Malco. El beso de Judas. El Prendimiento.
En el muro de la capilla mayor (lado de la Epistola).



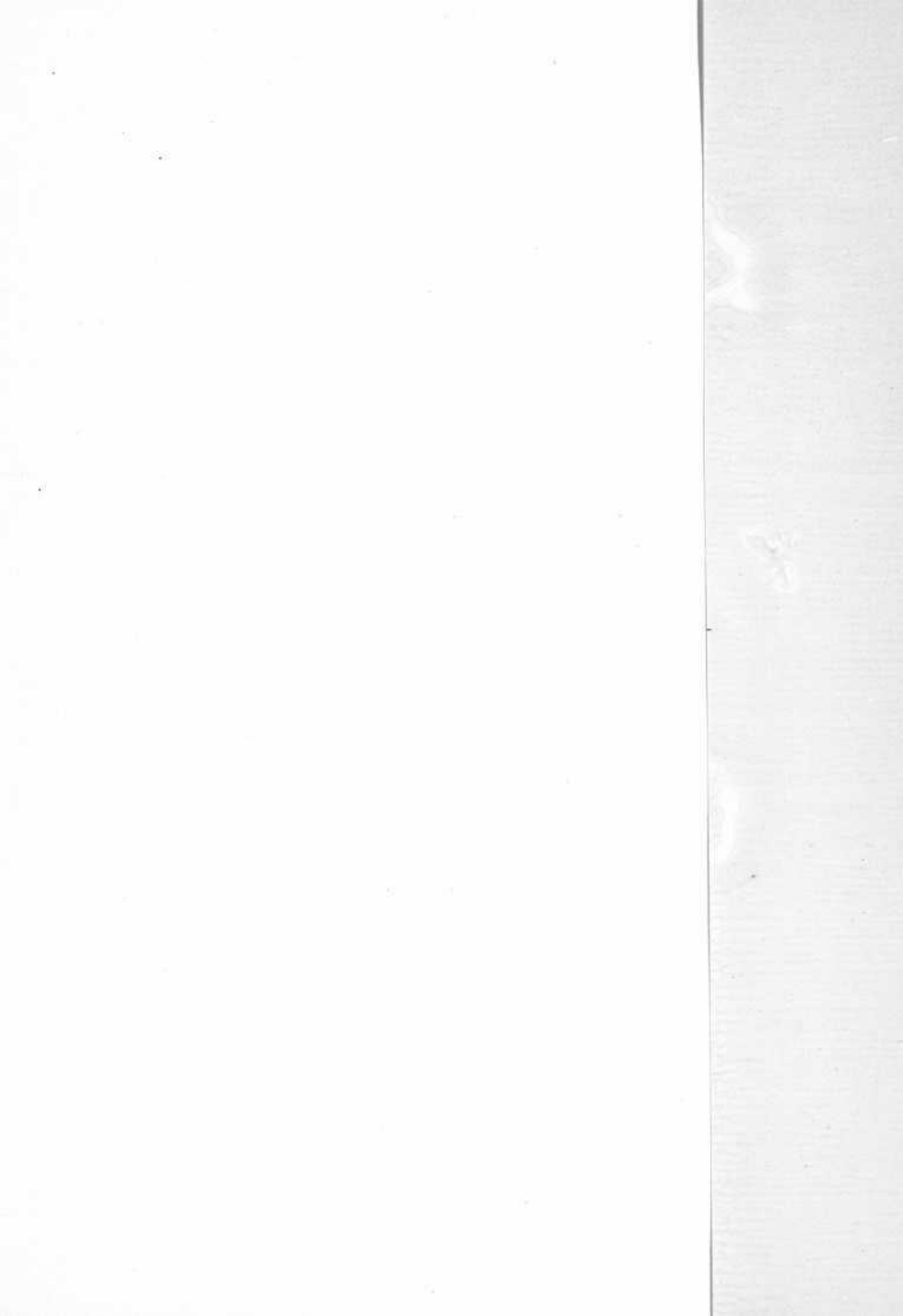
Detalle de la composición anterior.



La Última Cena, en el muro de la capilla mayor (lado del Evangelio).



El Cristo románico «de los Gascones».





Handwritten text on a small white label, possibly a library or collection number, including the number 11.

LIBRARY
MARK